

ANA DU ROUSIER: PORTADORA DE LA PEDAGOGÍA DEL SAGRADO CORAZÓN POR EL MUNDO

Ana de Rousier: the representative of the sacred heart's pedagogy

ALEXANDRINE DE LA TAILLE*

Resumen

La religiosa francesa de la Sociedad del Sagrado Corazón, Ana du Rousier (1806-1880), fue quien trajo por primera vez a América del Sur el proyecto educacional de dicha congregación. Sus primeros pasos como religiosa los dio en Italia, donde estuvo a cargo de los principales establecimientos del Sagrado Corazón. Luego dirigió el colegio de París por cuatro años, hasta que fue enviada como Visitadora a las casas de Norteamérica en 1852. Desde allí, la fundadora, Magdalena Sofía Barat, le confió la misión a Chile, como respuesta al llamado del Arzobispo Rafael Valentín Valdivieso, quien también esperaba que las niñas chilenas pudieran recibir esta educación a la francesa.

La Sociedad del Sagrado Corazón, fundada en 1800 tenía como principal apostolado la educación de las niñas. Por una parte, las hijas de la élite en pensionados y, por otra, las niñas pobres en escuelas externas gratuitas. Este esquema de educación moderna fue el que desarrolló en Chile Ana du Rousier, desde su llegada en 1853, hasta su muerte.

Abstract

Ana de Rousier (1806-1880) was a sister of the Company of the Sacred Heart who brought her congregation's educational project to South America. She was in charge of the Sacred Heart schools in Italy and was the principal of the school in Paris for four years. Then, she worked as a visitor at North American houses in 1852 until the congregation's founder and the Archbishop trusted the mission to Chile.

The Company of the Sacred Heart was founded in 1800 with the apostolate of educating girls. While girls from elite went to boarding schools, poor girls attended to free external schools. Ana de Rousier developed this modern educational plan in Chile from 1853 until 1880.

* Licenciada en Historia. Doctor(c) en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile. Profesora Escuela de Historia Universidad Finis Terrae.

Ana du Rousier en Europa

Sus orígenes franceses y su ingreso al Sagrado Corazón

Ana du Rousier¹ fue una religiosa francesa de origen noble que nació en 1806 en la zona del Poitou. Su padre, quien había estado vinculado a la guerra de la Vendée, murió cuando aún ella era niña, producto de una venganza política. Fue en ese momento cuando Ana, protegida por personas cercanas a su familia, entró como alumna al colegio del Sagrado Corazón de Poitiers. Se trataba de uno de los establecimientos más importantes de la Sociedad del Sagrado Corazón en Francia. La institución aún era joven, sólo había sido fundada en 1800 por Sofía Barat². Ana du Rousier conoció desde adentro la educación impartida por las religiosas y, muy joven, decidió pasar a ser una de ellas. Esto se debió, entre otros, a una circunstancia muy particular: siendo ella aún alumna, en 1818, pasó por el colegio de Poitiers Philippine Duchesne justo antes de partir a los Estados Unidos a fundar el Sagrado Corazón. Gran impacto debió haber causado en esta niña su partida a tierras tan lejanas para una misión de ese tipo.

Tomó el hábito en Poitiers en 1823. De ahí partió a París para el noviciado. Llevaba allí poco más de un año, cuando la Superiora General decidió enviarla a Turín, donde permanecería más de veinte años. Llegó allí en calidad de novicia, pero poco tiempo después, en 1825, pronunció sus primeros votos, y en 1831 profesó como religiosa³.

¹ Sobre la vida de Ana du Rousier: sin autor (1904). Vida de la Reverenda Madre Ana du Rousier, fundadora de las casas del Sagrado Corazón en Chile. Friburgo de Brisgovia: Tipografía Pontificia de B. Herder; d'Ernemont, M. (1932), *La Vie Voyeuse et Missionnaire de la Révérende Mère Anna du Rousier religieuse du Sacré-Cœur*. Paris: Gabriel Beauchesne Éditeurs; Williams, M. (sin año), *Mother Anna du Rousier, South American Foundress*. New York: Manhattanville College.

² Canonizada en 1925 como Santa Magdalena Sofía.

³ D'Ernemont, M. *Op. Cit.* P. 31.

Su etapa italiana: su influencia y su partida

La Casa de Turín era relativamente nueva, había sido fundada en 1823 por la religiosa Josephine Bigeu, con gran apoyo de la realeza, pues las religiosas del Sagrado Corazón habían sido invitadas allí por el rey Carlos Félix para educar a las hijas de la nobleza. Desde el primer momento, Ana du Rousier debió tratar con las alumnas, al principio a cargo de algunos cursos menores, hasta que el colegio quedó a su cargo en 1834⁴. Como maestra general, ejerció su influencia en las alumnas y también en el resto de Turín a través de ellas⁵, manteniendo siempre una estrecha relación con la corte.

En 1838 pasó a ser Superiora de la Casa de Turín⁶, cargo que ocuparía por diez años. Como tal, además de dirigir el colegio y la Casa, se preocupó de otras obras, tales como: la preparación a la Primera Comunión de las niñas de las parroquias, la fundación de un asilo de huérfanas, la formación de estudiantes pobres en escuelas gratuitas, la Asociación del Sagrado Corazón, formada para centralizar los trabajos sociales en Turín; el establecimiento de bibliotecas públicas gratuitas; y también la primera escuela normal que abrió el Sagrado Corazón, que estaba en Pignerol, en el Piamonte (1839)⁷. Todo esto teniendo presente la difusión de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Cuando el Noviciado se trasladó de Pignerol a Turín en 1841, Ana du Rousier fue nombrada Maestra de novicias⁸.

⁴ Sin autor (1904), Vida de la Reverenda Madre..., *Op. Cit.* P. 23 y ss.

⁵ Martínez, M.L., ed. (2003). "Sothard, Ho", The Society of The Sacred Heart Enters "Land of The Spanish Sea". St. Louis, Missouri: The Society of The Sacred Heart, United States Province. P. 23 y ss.

⁶ Sin autor (1904), Vida de la Reverenda..., *Op. Cit.* P. 47 y ss. Se detalla la etapa italiana de Ana du Rousier.

⁷ Carreel, M.F. (2003). Sophie Barat. Un project éducatif pour aujourd'hui. París: Don Bosco. P. 53.

⁸ Martínez, M.L., ed. (2003). *Op. Cit.* P. 19.

En octubre de 1843 fue designada Provinciala del Piamonte. Como tal, viajó constantemente debido a la gran demanda de fundaciones y a la necesaria visita de las casas que dependían de ella, a saber: Turín, Pignerol, Saluzzo, Génova, Padua, Parma y Graz.

Fue un período muy rico en el tema educativo, pues fue allí cuando puso en práctica sus dotes de maestra y dirigente. Tuvo que hacer innumerables viajes a las distintas casas que luego debía informar a la Casa Madre⁹.

Sus días terminaron en Turín abruptamente, pues fue expulsada de allí por los revolucionarios del año 48. Ya en 1846 habían empezado los problemas. Hubo un ambiente muy hostil hacia las religiosas. En noviembre de 1847 se pedía que fueran expulsadas las Damas del Sagrado Corazón de Turín: “Ante los buenos católicos las acusaban de murmurar del Santo Padre y condenar sus actos; ante el pueblo, de ser aristócratas; ante los italianos, de servir de espías a los austriacos, a quienes enviaban, según ellos, sumas considerables; ante las masas, de retrógradas, antipatriotas, enemigas del progreso, hipócritas y jesuíticas”¹⁰.

Ya en marzo del 48 la situación era crítica para el Sagrado Corazón. Los padres de las alumnas estaban alarmados e iban a buscar a sus hijas. Hubo muchas amenazas. Era muy difícil continuar en Turín, tanto que el Arzobispo aconsejó a Ana du Rousier que cerrara el colegio y se refugiara en una casa particular. Así lo hizo y, después de quemar documentos que consideró importantes o comprometedores, cerró la casa. Esto afectó negativamente su reputación. Partió a París. Ese mismo año Sofía Barat le confió el colegio de la rue de Varenne y la nombró asistente de la casa. También tuvo a su cargo la dirección de las religiosas jóvenes.

⁹ Las relaciones de estas visitas se encuentran en los Archivos Centrales de la Sociedad del Sagrado Corazón en Roma.

¹⁰ Sin autor (1904), *Vida... Op. Cit.* P. 152.

América: la proyección de la educación del Sagrado Corazón

Visitadora en América del Norte

Poco tiempo después la fundadora consideró necesario nombrar a una Visitadora General para las casas de América del Norte. La elegida, por su experiencia, fue Ana du Rousier. Era necesario enviar a una religiosa, porque en tierras tan lejanas no se sabía bien lo que pasaba, considerando también los problemas para el envío de la correspondencia.

Una vez más debería abandonar Francia, pero, esta vez, definitivamente.

En 1852, a los 45 años, Ana du Rousier llegó a Nueva York junto a seis religiosas y una protegida. Se encontró en Manhattanville con un buen colegio, con más de cien alumnas. Le tocaron varios viajes por Estados Unidos, llenos de sacrificios, en su calidad de Visitadora. Sin embargo, su estadía fue de poco más de un año¹¹. Allí se encontraba cuando, una vez más, fue requerida para llevar a cabo una nueva fundación, esta vez se trataba de un lugar más lejano todavía: Santiago de Chile.

Desde 1851, el arzobispo de Santiago, Rafael Valentín Valdivieso, había pedido a Sofía Barat una fundación para la capital de Chile, sin embargo, ésta se concretó tres años más tarde, pues no se contaba con el personal suficiente.

Chile, el confín del mundo

Ana du Rousier, luego de un penoso viaje¹², llegó a Chile el 12 de septiembre de 1853, acompañada por otra religiosa, Mary Mac Nally, y

¹¹ Sobre la Sociedad del Sagrado Corazón en Estados Unidos, ver: Callan, L. (1937), *The Society of The Sacred Heart in North America*. Londres, Nueva York, Toronto: Longmans, Green and Co.

¹² El viaje de las religiosas se encuentra transcrito en Serrano, S. ed. (2000), *Vírgenes Viajeras. Diarios de religiosas francesas en su ruta a Chile 1837-1874*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile. P. 175-196.

una hermana coadjutora, Antonieta Pisorno. Ellas fundarían la Sociedad del Sagrado Corazón en Chile. Los primeros pasos fueron muy difíciles, no tenían todavía un lugar propio donde establecerse, ni tampoco contaban con el personal necesario para impartir educación. Tal vez lo peor de todo era la falta de comunicación con la Casa Madre. Durante cinco meses no tuvieron noticias de ella. Pero esto no fue un obstáculo para cumplir su misión, aunque carecieron de lo necesario muchas veces. A pesar de las dificultades, lograron un buen número de alumnas.

Gracias al refuerzo de la primera colonia de religiosas que llegó a Chile el 1 de noviembre de 1854, Ana du Rousier pudo seguir ampliando su tarea educativa a distintas ciudades del país. Estas fundaciones fuera de Santiago tuvieron grandes costos de todo tipo. Era volver a empezar en cada lugar. Además, los viajes mismos, como se nos relata en los diarios, eran peligrosos y sacrificados.

Ana du Rousier, al igual que en Turín, junto con la educación difundía la devoción al Sagrado Corazón y las prácticas de piedad que implicaba. Además, trajo consigo una nueva forma para la vida religiosa, activa, inmersa en medio del mundo.

En 1864, Ana du Rousier pudo viajar a Francia para participar en un Congreso General de la Congregación en París. Luego de su regreso, nunca más pisaría suelo francés. Ella murió en Chile, en la Maestranza (nombre que recibía el Internado), acompañada de las otras religiosas luego de haber dedicado su vida a la educación de las niñas y a Dios en enero de 1880¹³.

Una educación femenina moderna: principales planteamientos del ideario pedagógico de la Sociedad del Sagrado Corazón

Sofía Barat y la Sociedad del Sagrado Corazón

El ideario pedagógico de Ana du Rousier es el propio de la Sociedad del Sagrado Corazón, a la cual ella pertenecía. Esta congrega-

¹³ El relato de su muerte se encuentra en: Diario de Maestranza, inédito.

ción fue fundada en 1800 por Sofía Barat y aprobada oficialmente por el Papa León XII en 1826. Es representativa del espíritu que marcó a la Iglesia de la Contrarrevolución, donde las mujeres pasaron a ser la figura central¹⁴, tanto que se puede hablar de una “feminización” del catolicismo por la proliferación de congregaciones que se produjo en ese momento. Se trataba de órdenes religiosas activas que cumplieron roles concretos en la sociedad, en distintos campos, principalmente en áreas vinculadas con la salud y la educación¹⁵. La presencia de las religiosas en el mundo era necesaria para poder salvar a la sociedad de los estragos que había implicado la Revolución, sobre todo en materias de religión y de fe.

La Iglesia vio la educación de las niñas como una de sus más importantes misiones, convencida de que la educación cristiana de las madres incrementaría la fe en las generaciones siguientes¹⁶. Napoleón también vio en el catolicismo una importante fuerza para el orden social y político e impulsó a las órdenes activas, especialmente las hospitalarias y educacionistas¹⁷.

Sin embargo, estas religiosas no optaron por quedarse sólo en Francia, sino que además estuvieron marcadas por un espíritu misionero que las llevó a distintas partes del mundo. Así transmitieron su modelo de vida activa en otros países y se fueron haciendo conocidas, por lo que paulatinamente las fueron solicitando de otras partes¹⁸. Específicamente la Sociedad del Sagrado Corazón ofrecía una “educación a la francesa” con un plan de estudios propio que com-

¹⁴ Langlois, C. (1984), *Le catholicisme au féminin. Les congregations françaises à supérieure générale au XIXème siècle*. París: Cerf, p. 214.

¹⁵ *Ibid.* P. 14.

¹⁶ Curtis, S. (2000), *Educating The Faithful. Religions, Schooling, and Society in Ninetieth-Century France*, Northern Illinois University Press. P. 10.

¹⁷ Fliche, A. y V. Martin (1976), *Historia de la Iglesia. Desde los orígenes a nuestros días*. Valencia: Edicep. Vol. XXIII, p. 387.

¹⁸ Dufourcq, E. (1993), *Les Aventurières de Dieu. Trois siècles d’histoire missionnaire française*. Jean Claude Lattès. P. 329.

prendía una base enseñada en francés, que podía eventualmente adaptarse a las costumbres del país. El año escolar tenía una organización especial, las ceremonias eran propias del colegio, al igual que los premios, normas de disciplina y asignaturas¹⁹.

Sofía Barat logró en 1807 la aprobación napoleónica²⁰. Tuvo como principal apostolado la educación de las niñas, pero se inscribía dentro de un contexto mayor: un proyecto socioeducativo global, en una visión del rol de la mujer en el seno de la Francia dislocada por la Revolución²¹. Su propósito consistía en edificar la Sociedad del Sagrado Corazón según el tipo apostólico ignaciano, con el fin de propagar el conocimiento y el amor a Cristo; reconstituir la sociedad sobre valores cristianos, por medio de la educación de las niñas de las clases dirigentes²².

Una educación “a la francesa”

La originalidad de Sofía Barat estuvo en programar los aprendizajes pedagógicos de modo que las mujeres fueran capaces de contribuir, por su discernimiento y su influencia, a la reconstrucción del tejido social según los valores cristianos²³. Esto, por una parte, representaba una audacia en el debut del siglo XIX y, por otra, marcaba un avance en la instrucción de las niñas.

Aunque el propósito fundamental de la fundadora se vinculaba con las niñas procedentes de los medios aristocráticos, también contemplaba la instrucción de las niñas pobres a través de escuelas gratuitas externas, ubicadas en los mismos establecimientos. No obs-

¹⁹ *Ibíd.* P. 331-332.

²⁰ El documento de la aprobación de los estatutos de la Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús se encuentra en los Archivos Centrales de la Congregación en Villa Lante, Roma.

²¹ Carreel, M.F. *Op. Cit.* P. III.

²² *Ibíd.* P. VI.

²³ *Ibíd.* P. 36.

tante, la necesidad social que determinaba la apertura de una casa del Sagrado Corazón era la educación de las niñas del medio influyente²⁴. La escuela de las pobres incluso tenía un reglamento distinto, según lo estipulaban las constituciones del Sagrado Corazón. Se inspiraba en los conventos educadores del siglo XVII, especialmente en la Congregación de Notre-Dame²⁵. Aunque los niveles de instrucción y de ortografía eran elementales, no se perdía el objetivo de instruir a las niñas para que, en su calidad de futuras madres, pudieran orientar a sus hijos en los valores cristianos. Sin embargo, nunca se mezclaban niñas provenientes de las distintas capas sociales; esta segregación implicaba que no todas las niñas podían ser educadas de la misma forma²⁶.

El Sagrado Corazón daba a las niñas en sus pensionados una educación integral, no se trataba solamente de la instrucción intelectual, sino de todas las áreas de la vida propias de una mujer. Desde la postura hasta los conocimientos más eruditos. Así las niñas de los pensionados llevaban una vida muy parecida a las religiosas, marcada por un fuerte sentido de la obediencia. La vida cotidiana de las alumnas estaba absolutamente reglamentada. Se les exigía en lo corporal: horarios, hábitos de higiene, alimentación, y en lo espiritual: vida de oración, mortificaciones, aceptación silenciosa de la reprobación²⁷. Esto no era del todo posible en el caso de las escuelas externas, debido a que las alumnas sólo asistían a clases durante algunas horas del día.

En el siglo XIX la educación de las mujeres ya no era cuestionada, si se trataba de una instrucción especializada para ellas. Por lo

²⁴ *Ibíd.* P. 77.

²⁵ Para las congregaciones educacionistas del Antiguo Régimen, ver: Rapley, E. (2001), *A Social History of The Cloister. Daily Life in The Teaching Monasteries of The Old Regime*. Canadá: McGill-Queen's University Press.

²⁶ Carreel, M.F. *Op. Cit.* P. 11.

²⁷ Arnold, O. (1984), *Le corps et l'âme. La vie des religieuses au XIX siècle*. París: Seuil. P. 186 y ss.

mismo, existían distintas posibilidades, tales como la instrucción en el hogar, los pensionados laicos y los conventos. Esta última opción se consideraba generalmente como la más adecuada para dar a las niñas una educación verdaderamente piadosa desde la primera infancia²⁸. Allí las niñas, gracias a su vida apartada del mundo, podían aprender con mayor facilidad sólidos principios que podrían transmitir en el futuro a su marido e hijos. La falta de distracciones era considerada un *plus* para no desviar la atención de las niñas en su aprendizaje no sólo de las lecciones de clases, sino de los hábitos domésticos y devociones que las acompañarían por el resto de su vida. Era una forma de preparar a las alumnas para que en el momento de salir al mundo tuvieran buen discernimiento.

La especificidad educativa del Sagrado Corazón: los planes de estudios

La Sociedad del Sagrado Corazón, durante el siglo XIX, tuvo varios planes de estudios, debido a que se fueron perfeccionando de acuerdo a los nuevos tiempos. Específicamente, uno provisorio que se redactó entre 1804 y 1805, uno en 1820, otro en 1852 y el de 1866²⁹. Siempre bajo la huella ignaciana y sin cambiar lo medular, Sofía Barat con distintas asesorías fue logrando un sello educativo para el Sagrado Corazón. La base estaba en el convencimiento de que el logro de un plan de estudios dependía esencialmente de la distribución del tiempo, sabiamente arreglada, del orden de los ejercicios y de la manera de enseñar³⁰. La lengua francesa era el objeto esencial de la enseñanza y marcaba la separación entre las clases. La elección de la lengua vernácula como base del aprendizaje venía desde Jean-Baptiste de la Salle, en el siglo XVII, y se afirmaba en el postu-

²⁸ Bricard, I (1986), *Saintes ou Pouliches. L'éducation des jeunes filles au XIX siècle*. París: Albin Michel. P. 15 y ss. 35 y ss.

²⁹ Posterior a la muerte de Sofía Barat ocurrida en 1865.

³⁰ Carreel, M.F. *Op. Cit.* P. 32.

lado pedagógico de que “*apprendre le latin avant la langue maternelle, c’est vouloir monter à cheval avant de savoir marcher*”³¹.

De todas formas, no puede perderse de vista el hecho de que, pese a tratarse de una educación bastante moderna para las niñas por basarse en la Compañía de Jesús, era diferente a la masculina, tanto en las formas como en el fondo. Esto se fundamentaba en los diferentes roles que hombres y mujeres tenían en la sociedad. En el siglo XIX todavía imperaban los postulados de Charles Rollin para la educación de las niñas, quien en el siglo XVIII en su *Tratado de los estudios*, señalaba: “Las mujeres no están destinadas a instruir los pueblos, a gobernar los Estados, a hacer la guerra, a llevar la justicia, a litigar las causas, a ejercer la medicina. Su lugar está encerrado al interior de la casa, y se desarrolla en labores no menos útiles, ni menos laboriosas, sino más conformes a la dulzura de su carácter, a la delicadeza de su complexión, y a su inclinación natural”³².

Los principales objetivos educativos consistían en: saber leer y escribir; conocer la historia del pueblo de Dios; ser capaz de administrar una casa; saber manejar un libro de cuentas; conocer sus raíces culturales y las particularidades de otras civilizaciones y religiones; situarse en la historia del mundo; descubrir el sentido de la existencia y comunicárselo a los otros³³. Esto se concretaba en las materias tratadas, a saber: instrucción religiosa, lectura, escritura, gramática, elementos de literatura, historia sagrada y profana, cronología, geografía y cosmografía, aritmética, historia natural, mitología, algunas nociones de conocimientos útiles, trabajo de aguja, lenguas extranjeras, artes de agrado, hábitos de orden y de economía doméstica³⁴.

³¹ “Aprender el latín antes de la lengua madre, es querer montar a caballo antes de saber caminar”. En Carreel, M.F. *Op. Cit.* P. 34.

³² Rollin, C., *Traité des Études*, Tomo I, Libro primero, capítulo II, De l’éducation des filles, p. 75. En: Carreel, M.F. *Op. Cit.* P. 35.

³³ Carreel, M.F. *Op. Cit.* P. 28.

³⁴ *Réglement des pensionats et Plan d’études de la Société du Sacré-Cœur*, Orléans, Imprimerie d’Alex Jacob, 1852, p. 78.

La orientación espiritual para las alumnas consistía en trabajar constantemente por la gloria del Sagrado Corazón, formar jóvenes corazones para su amor, no emplear las ciencias más que como un instrumento para cumplir esta noble meta³⁵. El fundamento pedagógico se encontraba en la certeza de que los distintos saberes estaban orientados a lograr pensar por sí mismo y de que la cercanía a las ciencias no alejaba de Dios, sino que, al contrario, permitía encontrarlo³⁶.

El proyecto educativo se basaba en la emulación, considerada como “uno de los nobles sentimientos que toda buena educación busca desarrollar en un alma joven”³⁷ y ésta se concretaba en cargos honoríficos y premios, los cuales podían representarse con bandas y medallones. La estimulación de las alumnas a través de estos medios, en general daba buen resultado. Incluso, era común convidar a autoridades eclesiásticas a las ceremonias de reparticiones de premios³⁸.

Los cursos se dividían en siete clases: la sexta, la quinta, la cuarta, la tercera, la segunda, la primera y la clase superior. En algunos casos había una clase suplementaria. Cada clase tenía objetivos específicos propios. Se señalaban los libros y manuales, algunos para las alumnas, otros para las profesoras. Se daba gran importancia al paso de un curso a otro. No podía pasar alguien que no estaba capacitada³⁹.

En síntesis, el gran objetivo educativo consistía en formar el juicio e inspirar el gusto por la verdad. “Se trataba de una formación personalizada, en la que el desarrollo del carácter seguía al desarrollo de la inteligencia, también reclamaba un estilo de vida que abarcaba todas las acciones e intereses de la persona. El programa de estudios formaba parte de un todo: se basaba en unos valores recono-

³⁵ Carrel, M.F. *Op. Cit.* P. 50.

³⁶ *Ibid.* P. 63.

³⁷ Règlement des pensionats et Plan d'études de la Société du Sacré-Cœur. *Op. Cit.* p. 42.

³⁸ Bricard, I. *Op. Cit.* P. 136 y ss.

³⁹ Plan d'études de la Société du Sacré-Cœur (1852). P. 85 y 21.

cidos, y las diferentes materias estaban relacionadas entre ellas en un orden determinado. La educación estaba en viva relación con las necesidades de la sociedad que está en constante evolución”⁴⁰.

El siglo XIX chileno: las posibilidades para la educación femenina y la novedad de la Sociedad del Sagrado Corazón

Una educación requerida por la Iglesia, el Estado y la familia

Ana du Rousier sólo había sido antecedida por la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y María, que desde 1838 estaba educando niñas en Valparaíso y en 1841 había abierto su primera escuela en Santiago⁴¹. Sin embargo, seguían siendo tan escasas las posibilidades de educación para las mujeres, que el arzobispo Rafael Valentín Valdivieso consideró necesaria la venida de la Sociedad del Sagrado Corazón. Hasta ese momento, la mayoría se educaba en el hogar, en el caso de la elite, o bien en las escuelas parroquiales, en el caso de los sectores más desprotegidos.

En el Chile decimonónico, así como en la Francia postrevolucionaria, la educación femenina adquirió gran relevancia para la Iglesia, reconociendo a la mujer como un agente educativo de primer orden en la familia. Más aún, considerando la coyuntura ideológica en que la sociedad chilena estaba viviendo un proceso de laicización. Educando a la mujer en los valores cristianos, la familia, y, por lo tanto, la sociedad, se vería protegida del peligro anticlerical. Por esto, “las monjas debían educar a las madres para hacer del ámbito doméstico el bastión de la religión. Esto significaba una transformación del rol femenino. La sola familiaridad con la cultura escrita cambiaba el vínculo de las mujeres no sólo con la religión sino con todos los saberes. La educa-

⁴⁰ Riesco, P., La Sociedad del Sagrado Corazón en Chile. Inédito.

⁴¹ Pérez, C. (2002), Semillas y cantares. Historia de las religiosas de los SS.CC. en Chile, 1838-1998. Santiago: Pehuén. P. 62 y ss.

ción de la elite femenina en sí significaba un cambio hacia prácticas modernas que transformaban la vida privada y la pública”⁴².

No obstante, también el Estado quiso valerse del método de trabajo y el profesionalismo de las religiosas del Sagrado Corazón, al encomendarles, pocos meses después de su llegada a Chile, la primera escuela normal de preceptoras. Ésta empezó a funcionar en febrero de 1854. Así, se estaba confiando a religiosas recién llegadas la formación del profesorado femenino chileno. Esto tiene mucha trascendencia, porque, si bien, en todo el mundo, los colegios del Sagrado Corazón eran considerados como los más aristocráticos, se puede ver que, en Chile, las religiosas pudieron llegar a todos los sectores sociales. Con los pensionados educaban a la elite, con las escuelas gratuitas a las niñas más pobres, y con la Escuela Normal a la incipiente clase media chilena⁴³. Llama la atención el hecho de que también en el Piamonte, en Pignerol, en 1839, fuera la propia Ana du Rousier quien estuviera a cargo de fundar la primera escuela normal del Sagrado Corazón⁴⁴.

Expansión y proyección de la obra de Ana du Rousier

Debido a la buena reputación de su forma de impartir enseñanza, y al hecho de que las congregaciones tenían un personal calificado femenino sin equivalente en la sociedad chilena de la época, donde recién se comenzaban a profesionalizar los servicios y conocimientos a través de la educación pública masculina⁴⁵, muy pronto empezaron a ser solicitadas fundaciones del Sagrado Corazón en distintas partes del país. Así, en 1858, se establecieron en Talca; en 1867, en Concepción; en 1873, en Chillán, en este caso, también con una escuela normal; y en 1870, en Valparaíso. Desde Chile partirían fun-

⁴² Serrano, S. *Op. Cit.* P. 75.

⁴³ *Ibíd.* P. 79.

⁴⁴ Carreel, M.F. *Op. Cit.* P. 53.

⁴⁵ Serrano, Sol. *Op. Cit.* P. 71.

daciones a Perú en 1876, y a Argentina en 1880, poco después de la muerte de Ana du Rousier⁴⁶.

Las religiosas del Sagrado Corazón debieron poner en práctica en Chile el ideario pedagógico de Sofía Barat, tarea difícil, pues las chilenas, en un principio, no estaban acostumbradas a este tipo de disciplina y menos al estrecho contacto con el trabajo doméstico⁴⁷. Además de todo esto existía la barrera idiomática, que muy pronto se fue convirtiendo en una ventaja, pues la mayoría de las alumnas llegaba a aprender el francés, casi a la perfección en algunos casos⁴⁸. Sin embargo, estas monjas lograron transmitir a sus alumnas los principales objetivos de su “educación a la francesa” y así marcaron a todas las alumnas que salían de sus establecimientos.

El proyecto educativo de Ana du Rousier constituyó, sin duda, una novedad para la sociedad chilena: las niñas de la elite fueron escolarizadas. Tuvieron un sistema moderno de educación, que, al igual que en Europa, implicaba estar internas, según los parámetros de ese momento, la única forma de lograr una verdadera educación. Los conocimientos elementales fueron enseñados en forma sistemática, según un plan de estudios preconcebido. Y, por supuesto, recibieron una educación en función “de las mujeres llamadas a impulsar la vida familiar, la vida de la Iglesia y la vida en el mundo, según los casos”⁴⁹.

Análisis historiográfico de la contribución de AR a la educación femenina chilena

La historiografía reconoce el rol pionero de las religiosas del Sagrado Corazón en la educación femenina, no se pone en duda su

⁴⁶ Sin autor (1904), Vida de... *Op. Cit.* P. 42.

⁴⁷ Detalles al respecto en: sin autor (1904), Vida de... *Op. Cit.*

⁴⁸ En el Diario de Maestranza hay constantes alusiones al aprendizaje del francés por parte de las alumnas.

⁴⁹ Kilroy, Ph. (2000), Magdalena Sofía Barat. Una vida. Madrid: Encuentro. P. 253.

relevancia, aunque se trata de un campo de estudio no del todo explorado. Al analizar algunas obras del siglo XX se pueden observar tanto los acercamientos que existen al tema de la educación brindada por las religiosas como lagunas con respecto al aporte de Ana du Rousier a la educación femenina chilena.

Siguiendo un criterio cronológico para nuestra crítica de fuentes, consideramos que la obra de Sara Guerín de Elgueta, *Actividades femeninas en Chile 1927*, en forma recurrente alude al tema de la educación de las mujeres. Para el período que nos interesa, en general, aporta estudios cuantitativos, análisis de las leyes vinculadas, planes de estudios de la Primera Escuela Normal de Preceptoras y un estudio de Ana Díaz Garcés: “Contribución de las Congregaciones y Sociedades católicas a la educación de la mujer”⁵⁰. Esta última trata primero la llegada de las religiosas de los Sagrados Corazones⁵¹ y después las del Sagrado Corazón, que según la autora, muy luego se distinguieron “como las mejores educacionistas, fama que no se ha visto nunca desmentida. El ser cultas y virtuosas es el distintivo de las alumnas del Sagrado Corazón”⁵². Califica a la preparación de las alumnas como “excelente”, a pesar de que sus programas de estudios difieren de los del Estado. Ana Díaz Garcés no se queda sólo en apreciaciones de valor, sino que profundiza un poco más: el fin de las religiosas, el método utilizado, las asignaturas, las diferencias de la educación en sus escuelas gratuitas⁵³. Su aporte es valioso para lograr penetrar en la educación de la elite femenina.

En segundo lugar, aludimos a Amanda Labarca, con su ya clásica *Historia de la enseñanza en Chile*. Se afirma en dicha publicación que, entre los años 1840 y 1890, las nuevas órdenes religiosas que

⁵⁰ Díaz Garcés, A. (1928), “Contribución de las Congregaciones y Sociedades católicas a la educación de la mujer”, en Guerín de Elgueta, S., *Actividades femeninas en Chile 1927*, Santiago: La Ilustración. P. 305-320.

⁵¹ *Ibíd.* P. 307.

⁵² *Ibíd.*

⁵³ *Ibíd.*, P. 320.

fundaron colegios “constituyeron el principal núcleo de enseñanza femenina. Su ideal docente y sus postulados religiosos armonizaban perfectamente con las exigencias de una sociedad católica que solicitaba de la mujer, antes que nada, virtudes cristianas, sumisión, urbanidad y manos hacendosas en el manejo de la casa y de las labores tradicionales”⁵⁴. No les da gran valor educativo. En cuanto a la Sociedad del Sagrado Corazón, se refiere a ella en relación a la Escuela Normal de Preceptoras que estuvo a su cargo desde 1854 hasta la década de 1880. El balance de Amanda Labarca es negativo: “los estudios no brillaron por su extensión ni por su profundidad”⁵⁵. Para respaldar su afirmación se refiere a las asignaturas impartidas y utiliza como parámetro lo que haría más adelante Mercedes Cervelló en las Escuelas Normales de Chillán (1871) y La Serena (1874)⁵⁶. El estudio realizado en el caso concreto de las congregaciones es más bien descriptivo y superficial, sin grandes contribuciones en relación a *Actividades femeninas en Chile 1927*.

En el siglo XIX las posibilidades de educación eran muy distintas para hombres y mujeres. Estas últimas recién estaban accediendo a ella. Este es un tema recurrente en nuestra historiografía de los últimos años. Dentro de esta línea cabe destacar el aporte Erica Maza Valenzuela, en dos artículos atinentes al estudio de las mujeres, a saber: “Catolicismo, anticlericalismo y la extensión del sufragio a la mujer en Chile”⁵⁷ y “Liberales, radicales y la ciudadanía de la mujer en Chile (1827-1930)”⁵⁸. En el primero constata las primeras iniciativas de las mujeres católicas de clase alta del siglo XIX para “hacer valer sus derechos ciudadanos” y sostiene que las actividades realizadas por ellas mismas con fines de ayuda social “adquirieron un cariz feminista y sensibilizaron a todas sus protagonistas respecto a

⁵⁴ Labarca, A. (1939) *Historia de la enseñanza en Chile*. Santiago: Universitaria. P. 129.

⁵⁵ *Ibíd.* P. 137.

⁵⁶ *Ibíd.* P. 138.

⁵⁷ En *Estudios Públicos*, 58, otoño 1995. P. 137-195.

⁵⁸ En *Estudios Públicos*, 69, verano 1998. P. 219-356.

las desigualdades que enfrentaban las mujeres en los planos civil y político”⁵⁹. Ve un claro apoyo de la Iglesia en todas estas actividades⁶⁰. Con una nueva interpretación de la educación religiosa como canal para la participación política de la mujer, deja abierta una posibilidad historiográfica interesante. Señala que “es preciso examinar más atentamente los lazos entre las mujeres de la alta sociedad y las actividades de beneficencia y educativas, dados los efectos que tales actividades tendrían en la participación política de las mujeres”⁶¹. Tiene un análisis muy interesante de *El Eco de las Señoras de Santiago*⁶². En el segundo postula que en el siglo XIX “la división entre las esferas masculina y femenina era mucho más pronunciada en los grupos anticlericales que en aquellos vinculados a la Iglesia”⁶³.

En esta línea podemos situar también a Diana Veneros, quien en su artículo “Consideraciones médicas decimonónicas en torno a género, salud y educación”⁶⁴ ve un sentido a estas diferencias en el rol que cada uno ocupa en la sociedad. Concepto clave para comprender el tema de la educación, no sólo en un estudio comparativo entre hombres y mujeres, sino también para entender las distintas formas que se usan en el siglo XIX, con las mismas mujeres, según el lugar de cada cual en la sociedad. Por otra parte, Ana María Stiven analiza el rol de la mujer en la sociedad. “El Eco de las Señoras de Santiago de 1865. El surgimiento de una opinión pública femenina”⁶⁵, es una interesante aproximación al interés que tienen las mujeres de elite en

⁵⁹ Maza Valenzuela, E. (1995), “Catolicismo, anticlericalismo y la extensión del sufragio a la mujer en Chile”. En: *Estudios Públicos*, 58, otoño, 1995. P. 141.

⁶⁰ *Ibíd.* P. 143.

⁶¹ *Ibíd.* P. 147.

⁶² *Ibíd.* P. 151 y ss.

⁶³ Maza Valenzuela, E. (1998), “Liberales, radicales y la ciudadanía de la mujer en Chile (1872-1939)”. En: *Estudios Públicos*, 69, verano 1998. P. 322.

⁶⁴ *Dimensión histórica de Chile*, 10, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Santiago, 1995. P. 135-153.

⁶⁵ Sin autor (2000), *Lo público y lo privado en la historia americana*. Santiago: Fundación Mario Góngora. P. 303-326.

su propia educación y a sus preocupaciones sociales. “Se trata de una mujer combatiente, y segura de su rol positivo dentro de la sociedad, más allá de lo familiar, en lo social, en lo político, en lo ideológico, e incluso en la guerra”⁶⁶. Dada la importancia que damos al rol de la mujer para poder entender la educación que recibe de parte de las congregaciones religiosas, el aporte de Ana María Stiven es claro. Logra profundizar asertivamente en la relación del papel de la mujer y el rol social de la religión⁶⁷.

En función de lo anterior, cabe destacar también el aporte de María Loreto Egaña Barahona, con *La educación primaria popular en el siglo XIX en Chile: una práctica de política estatal*. Aunque su tema central es la educación popular, tienen interés para nosotros sus apreciaciones con respecto al rol de los conventos y de la elite en la educación popular. Se remite especialmente al papel que cupo al Sagrado Corazón en la Escuela Normal de Preceptoras. La obra tiene mucho peso, los planteamientos son claros, se manejan fuentes primarias, se ratifica la información con cifras exactas⁶⁸. Consideramos que no contamos con un estudio de este tipo para entender la educación de las elites femeninas decimonónicas, que sería de gran valor como lo es éste para el tema que trata.

Por último, en este contexto situamos *La belle époque chilena. Alta sociedad y mujeres de elite en el cambio de siglo*, del autor Manuel Vicuña. En su estudio de las mujeres, nos detenemos una vez más en la educación religiosa. El autor, haciendo una revisión, principalmente de los postulados de Amanda Labarca y Sol Serrano⁶⁹, concluye que la instrucción formal ofrecida en los colegios religiosos y las

⁶⁶ Stiven, A.M. (2000), “El Eco de las Señoras de Santiago de 1865. El surgimiento de una opinión pública femenina”. En: sin autor, Lo público y lo privado en la historia americana, *Op. Cit.* P. 321.

⁶⁷ *Ibíd.* P. 324.

⁶⁸ Egaña Barahona, M.L. (2000), *La educación primaria popular en el siglo XIX en Chile: una práctica de política estatal*. Santiago: Dibam.

⁶⁹ En su Estudio Preliminar a *Virgenes viajeras... Op. Cit.*

costumbres familiares “atentaban contra la educación intelectual de las jóvenes de elite”⁷⁰. Insiste en que “durante la mayor parte del siglo XIX la instrucción formal recibida por las mujeres de la oligarquía no se propuso reducir la brecha educacional abierta entre ellas y los hombres de su clase”⁷¹. También señala que las mujeres estaban “privadas de una educación satisfactoria”⁷². Nos cuestionamos ¿a qué se refiere con educación “satisfactoria”? La pregunta queda abierta. Pareciera no reparar que se educa en función del rol de cada uno, lo que explicaría, en parte, las diferencias existentes entre hombres y mujeres. Creemos que una vez más estamos en presencia de calificaciones a la educación recibida por la elite sin conocerla realmente.

El Estudio Preliminar de Sol Serrano a *Virgenes viajeras*, realmente profundiza el tema de la educación religiosa recibida por las mujeres chilenas. Logra conectar el fenómeno de las congregaciones francesas con el marco chileno. Analiza también a la Iglesia chilena decimonónica, deteniéndose en sus principales figuras, por ejemplo Rafael Valentín Valdivieso, y aclara por qué quisieron traer a estas religiosas y en qué condiciones lo hicieron⁷³. La autora nos abre una ventana a la novedad en Chile de la educación brindada por las congregaciones llegadas desde Francia en el siglo XIX; primero, los Sagrados Corazones de Jesús y María, y después, la Sociedad del Sagrado Corazón. La autora señala: “La educación que estas congregaciones darán a las mujeres de clase alta chilena probablemente sea una pista central para comprender la forma en que hicieron la transición hacia una cultura moderna individualista sin perder su estatus de clase dirigente ni su universo cultural católico⁷⁴”. Afirma: “Estado e Iglesia coincidían también en el objetivo de educar a los secto-

⁷⁰ Vicuña, M. (2001), *La belle époque chilena. Alta sociedad y mujeres de elite*. Santiago: Sudamericana. P. 84.

⁷¹ *Ibid.* P. 85.

⁷² *Ibid.*

⁷³ *Ibid.* P. 43.

⁷⁴ Serrano, S. (ed.). *Op. Cit.* P. 72-73.

res populares para hacerlos más productivos y más piadosos. Para ambos, las mujeres eran piezas clave. Es sintomático que la Primera Escuela Normal de Preceptoras de América Latina fundada en Chile en 1854, haya sido entregada a la dirección de las religiosas del Sagrado Corazón. Todas las congregaciones tuvieron escuelas gratuitas aunque no fueran educacionistas”⁷⁵. Se refiere a un tipo de educación que ha tenido éxito en Francia, llevado a cabo por las religiosas, dirigido a distintos sectores de la sociedad, que logra arraigarse en la elite chilena, apoyado por la Iglesia y por el Estado. Sin embargo, nos preguntamos, ¿de qué forma educó el Sagrado Corazón en particular a la elite chilena?. ¿cómo era esta educación? ¿en qué sentido se le puede considerar una “buena” educación? Sabemos que para la Iglesia la educación femenina era un medio muy eficaz para propagar la fe a través de las distintas generaciones. A nuestro juicio, el estudio recién comentado es el que profundiza en mayor medida la importancia de la contribución del Sagrado Corazón, sin embargo, quedan todavía muchas preguntas sin responder.

Algunas consideraciones finales

Francia, Italia, Estados Unidos, Chile. Distintas etapas y experiencias en la vida de una educadora hija del siglo XIX y del Sagrado Corazón, que, sin duda, le dieron una amplitud de mente y una experiencia docente que pudo culminar en su obra en América del Sur.

Luego de recorrer brevemente la biografía de Ana du Rousier; de profundizar en los orígenes de sus principales planteamientos pedagógicos; de contextualizar su aporte en Chile y de revisar la bibliografía atinente al tema, creemos necesario señalar que existen muchos vacíos en nuestra historiografía con respecto al personaje. Su rol fue clave en la educación femenina del siglo XIX y aún no existen estudios históricos profundos que realmente se dediquen a investigar su aporte a la educación femenina chilena.

⁷⁵ *Ibíd.* P. 73.

Además queremos enfatizar en lo medular para comprender el significado de la educación de las congregaciones religiosas del siglo XIX: el rol de la mujer en la sociedad. A la mujer se la educa no sólo para que sea una buena mujer, valga la redundancia. El objetivo es más concreto: para que sea una buena madre, una buena esposa o una religiosa según el caso de cada cual.

La esencia del aporte de Ana du Rousier a la sociedad chilena se centra en el hecho de haber escolarizado a las mujeres. Les dio una educación distinta, reconocida en Europa, con planes de estudios propios, con un cuerpo docente preparado, con una metodología clara.

En cuanto a la eficiencia del sistema de educación brindado por las religiosas del Sagrado Corazón, éste debe juzgarse con los criterios de la época. Para la elite chilena del siglo XIX era necesario que sus hijas tuvieran la religión como parte de su formación. Por lo visto, no bastaba la formación que se les daba en el ámbito familiar, era necesario reforzarla intensamente fuera de la casa, en el colegio. Por lo tanto, para la clase dirigente una “buena” educación debía contemplar los valores morales, pero debían ser enseñados por profesionales en la materia: las monjas.

El hecho de que la dirección de la Escuela Normal de Preceptoras fuera entregada al Sagrado Corazón, implica que hubo una sintonía de la congregación no sólo con intereses particulares de la elite, sino también con los intereses del Estado.

Sin duda, una nueva mirada a la historia social y religiosa chilena del siglo XIX, enfatizando en el gran aporte de Ana du Rousier a la educación femenina, nos permitirá una mayor comprensión de la sociedad de ese entonces.